

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

CARLOS Y ADELA.

CUENTO.

(CONCLUSION.)

III.

El enfermo á quien la relacion de la beata habia interesado mas de lo que esta podia imaginar, deseaba con vehemencia saber el desenlace de aquella aventura, porque su corazon le anunciaba que tal vez jugaba en ella un papel no indiferente; porque conocia que aquel deseo no era una vana curiosidad, sino un interés fuerte, cuyo motivo no se sabia explicar, y que sin embargo sentia gravado profundamente en su alma.

Despues de algunos dias en que no cesaba de preguntar á su nueva enfermera por la mujer, á cuya suerte le parecia ligada ya la suya, por un oscuro presentimiento, la vió por fin acercarse á su cama mas triste y abatida, con un papel en la mano: os esperaba con ansia, la dijo Carlos incorporándose y apoyando su espalda sobre la almohada.—Yo tambien deseaba veros, pero lo mucho que padeci en nuestra última entrevista, y las pocas esperanzas de vuestro alivio, aumentaron mi melancolía en términos que cai peligrosamente enferma.—El interes que tomáis en mi suerte me lisonjea mucho, y es el bálsamo mas dulce para las mortales heridas que hay en mi corazon, pero mi vida es un peso insoportable que me abruma: yo seria muy feliz si el cielo quisiese descargar-me de él, porque estoy seguro de que mi muerte no arrancaria una sola lágrima: ah!—Pues qué, vuestra familia?...—Yo no tengo ninguna.—Dios mio!... si acaso... si... vuestra edad... Cuánta edad teneis?—Hace veinte años que me recojieron.—Veinte años! diez y nueve que tomé el hábito, y uno enferma... Decidme, decidme por Dios ¿habeis visto una reliquia pequeña que...—Madre! Madre mia! y un abrazo, y el llanto que brotaba de sus ojos le impidieron con-

tinuar.—Hijo de mi alma! bien me lo decia mi corazon!

Esta es una de las grandes escenas de la vida que ninguna pluma puede describir porque la ternura y el sentimiento que abriga el corazon de una madre no se pueden comprender; su alma es una fuente inagotable de amor, y en uno de estos instantes solemnes en que ningun pensamiento terrenal la ocupa, se deshace, digámoslo asi, y se pierde en el cariño de su hijo.

La beata se desprendió repentinamente de los brazos de Carlos, como inspirada de otra idea que tambien pesaba en aquel instante sobre su corazon.—Mira, hijo mio, hoy vas á apurar la copa de la felicidad, hoy vas tambien á ver á tu padre.—Será cierto!—Si: hace dos dias que recibí una carta en que me anunciaba que hoy llegaria aquí, pues á fuerza de esquisitas diligencias habia podido saber mi paradero, y que queria al mismo tiempo reunirse con su hijo para no separarse nunca de él.—Madre, cuánto sentiria morir ahora!—Tu padre te colocará en el elevado rango...—Adela; ya nada se opone á nuestra unión, dijo Carlos con voz apagada por los dolores, y un sudor frio bañó todo su cuerpo.

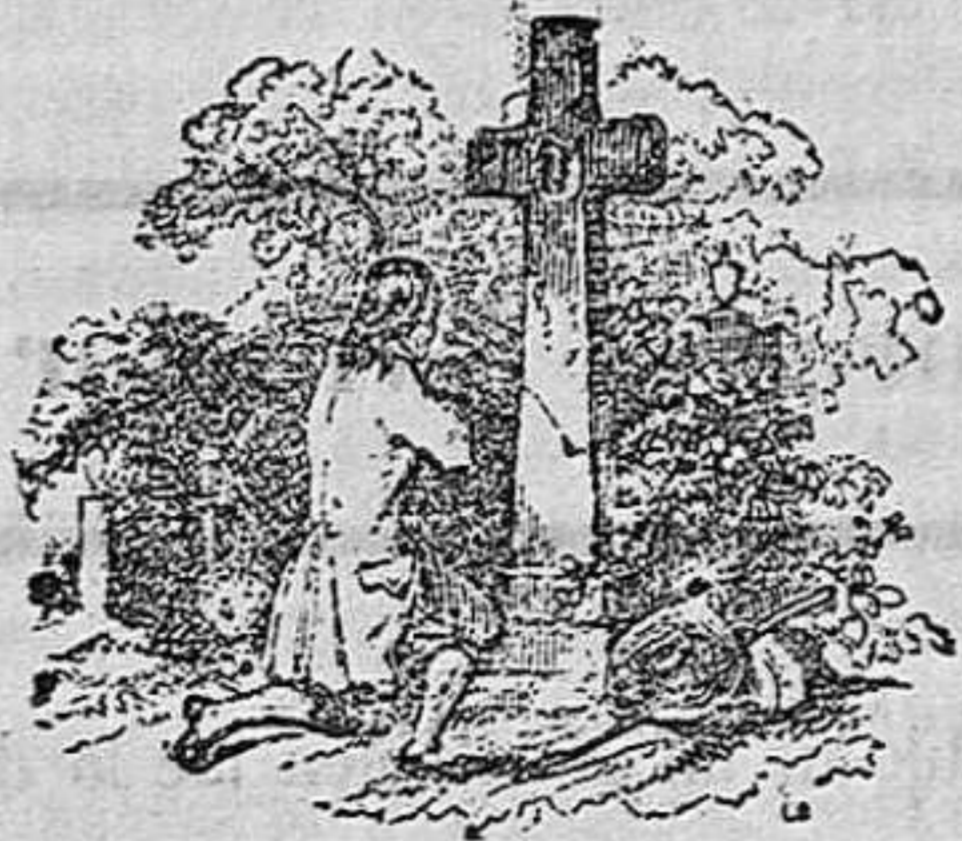
La beata volvió la cabeza, y observó con alguna mas atencion á un hombre acompañado de una jóven que se iba apróximando ácia donde ella estaba. Cielos será posible! exclamó con una alegria loca.—Matilde! dijo el desconocido, olvidemos todo lo pasado; harto me han hecho sufrir mis remordimientos, ¿dónde está mi hijo?—Aquí; Carlos, mira á tu padre, qué feliz vas á ser!—Carlos! murmuró la jóven con una voz desmayada.

El enfermo á quien el reconocimiento de su madre habia afectado vivamente, se hallaba en un estado de languidez mortal, levantó con trabajo la cabeza y vió á la desconocida jóven que se arrojó á él con passion: era Adela.—Dios mio! tu!...—Si, aqui me tienes para no separarme nunca de tu lado, para morir contigo.—Hijo mio, exclamó el padre de Adela, el

cariño que siempre te he tenido me lo inspiraba el mismo Dios, abraza á tu padre.—Nos mi padre! Cielos!... Adela... mi hermana... ah!

Esta bañaba con sus lágrimas el rostro lívido de su amante que acababa de espirar, y se mezclaban sus dolorosos gemidos con los de aquella madre desgraciada que solo encontró á su hijo para verle morir.

Al cabo de dos años pasamos por el hospital de Valencia, y vimos dos beatas, en cuyos semblantes estaba grabada la huella del mas acerbo dolor, que no podian mitigar las tiernas caricias que recíprocamente se prodigaban. Eran Adela, y la madre del infeliz Carlos.—A. de A.



A UNA CRUZ EN EL CAMPO.

¿Quién osado en mitad de ese camino te colocó cual signo funeral, para anunciar á el hombre su destino mas vario que el rujir del vendabal?

Tu recuerdas, oh cruz, á el caminante que tras ese azulado pabellon hay un trono magnífico y triunfante, del Dios del mundo celestial mansion.

Y le haces meditar, y que temblando rinda su orgullo y su poder aqui, y su mente mezquina fatigando lo postras de rodillas ante tí.

¡Ay! que yo vine con osado brio tus fuerzas escondidas á vencer, y volví melancólico y sombrío rendido ante tu mágico poder.

Tu eres de un crimen la señal patente, tu le dices á el hombre «iniquidad» y en tu silencio vivo y elocuente tu acusas á la injusta sociedad.

Porque tal vez cuando el puñal tirauo blandió cobarde el asesino vil, no osó rendirlo á su potente mano, ni pisarlo cual misero reptil.

Dejó cumplirse el bárbaro destino, y sin castigo al criminal dejó, porque era un opulento el asesino, y un mendigo infeliz quien sucumbió.

Y en vano miro inmóviles y fijos de rodillas gritándole «tracion» de aquel padre infeliz los tristes hijos, naufragos en el mar de la afliccion.

.....
.....
Flor solitaria de arenal desierto,
arde en mi pecho abrasador volcan,

vuela cansado el pensamiento ii.
y con él sueños é ilusiones van.

¿Quién eres... di? ¿quién puede en tu presencia morar tranquilo sin sentir pavor,
quién no duda ante tí de su existencia,
quién no teme á la mano del traidor?

¿Quién entrega la flor de su esperanza á esa inmunda, mentida sociedad,
que inclina el peso de su atroz balanza á el oro que le brinda la amistad?

Anatema lanzado por los cielos,
y ante quien lloro y tiemblo por mi mal,
que haces de ardientes corazones líelos...
¿cuál es tu fin, y tu destino cuál?

¿Quién buscas en mitad de ese camino?
¿á quién esperas solitaria, di?
¿buscas tal vez al bárbaro asesino para hundirlo en el polvo junto á tí?

¿O estás tal vez para acusar á el mundo?
¿ó estás tambien, oh cruz, para llorar,
y tu plegaria de dolor profundo en blancas nubes hasta Dios llevar?

¿Cuál es tu fin, objeto incomprendible?
¿Será eterno y grandioso tu poder,
y durará tu fuerza irresistible,
ó estás cual yo llamada á perecer?

¿Tal vez del crimen que ante tí se encierra cuando quedes vengada morirás,
ó es otra tu mision sobre la tierra y aun despues de vengada vivirás?

Yo tu grandeza celestial respeto,
cabizbajo y sin voz no acierto á hablar...
se pierde el pensamiento en tu secreto,
cual se pierden las olas en el mar.

Por tí de un Dios la majestad se infiere,
tu eres del cielo el mágico escalon,
perenne centinela del que muere,
faro de mi sublime religion.

Compañera del hombre en su agonía,
luciente espejo dó mis culpas vi,
en horas de despecho y de agonía siempre mis ojos levanté hasta tí.

Los ángeles de noche en su amargura en tí vierten el llanto del dolor,
y son las perlas que destilas pura del alma aurora en el naciente albor.

Llora pues, llora escarneciendo á el mundo,
y acusando á la inícuca sociedad,
yo seré, herido de dolor profundo,
compañero en tu triste soledad.

Y sigue con tu fuerza dominante haciendo al hombre junto á tí temblar,
y al incrédulo osado caminante que se postró de hinojos para orar.

Que yo te rindo mi soberbia frente,
te humillo confundido mi altivez,
y acatando tu gloria, reverente me atrevo á hablarte la postrera vez:

Cuando triste campana funeraria rompa los vientos de mi muerte en pos,
eleva con la tuya mi plegaria á el alto trono del inmenso Dios.

L. GARCIA A. DE LOVERA.

LA FERIA DE LA SALUD.

La feria que celebra anualmente esta ciudad en la Pascua de Pentecostés, y que recibe el nombre distintivo de *la Salud*, tiene probablemente su origen en alguna velada con que se solemnizaba la principal festividad de nuestra Señora de aquel título en su propio santuario ó hermita, á donde se halla apegado el cementerio principal de la poblacion. Todavía queda algun simulacro de estas veladas en las visperas de Santiago, san Agustin y san Bartolomé; y la mudanza de la feria al sitio actual de *la Victoria* no tiene otra fecha que lo que vá desde los primeros años de este siglo. Como quiera la feria ha ido cada vez mas creciendo en celebridad y concurrencia; y no deja de ser notable en ella el movimiento mercantil, en lo que respecta á la compra y venta de bestias y ganados.

Siendo, pues, motivo de señalada festividad, esta feria atrae á la parte mas rica y acomodada de la provincia, y la ciudad de Córdoba presenta por lo tanto en estos dias un aspecto nuevo en sus costumbres, y en extremo interesante. La inmensidad de gentes que discurren por las calles de la poblacion, presentando en su aire de incertidumbre y de curiosidad, y en el garvo especial de cada pueblo, aquellos signos infalibles de estrañeza que, segun Quedo, hacen tan difícil encubrir lo forastero: el contraste que presentan las damas de los pueblos y las de la capital: el crecido número de huéspedes que llenan las posadas y las tiendas, abiertas a pesar de la festividad de los dias: el mayor adorno de la jente menestral y proletaria: la multitud de majos vestidos al uso del país; y el ruido y movimiento que interrumpe el silencio y ordinaria calma de nuestra ciudad, la dan ahora un aspecto muy digno de consideracion y ecsámen.

Agrupadas á un lado las bestias, con cierto vistoso desórden, se ven juntos en estrecho recinto caballos y yeguas, asnos y mulas, cabras y ovejas, vacas y cerdos. Tal vez se muestra no lejos de los Babiecas y Rocinantes algun sóbrio camello que trae á la imaginacion las ferias del Cairo, y mas si se tropieza con un tostado moro, pariente tal vez de nuestros abuelos, que nos vende los dátiles dulces del desierto, fruto de las palmeras africanas, y nos presenta el verdadero tipo del cómodo y desgarrado jaique. Una nube espesa de polvo encubre y oscurece la residencia incómoda de las varias especies de irracionales: y solo los labradores, propietarios y corredores pueden soportar de continuo el relinchar de las bestias, el apresurado y mentiroso charlar de los gitanos cambalachistas, que apuran todos los recursos de su lucrativa elocuencia; y finalmente el continuo peligro de ser atropellado á la menor morisqueta de un inquieto cuadrúpedo, ó por un ginete novel en la probatura de un caballo asustadizo.

En otro lado enfiladas las confiterias, mistelerias y huñoleras, presentan en la contestura grotesca y ruda de su fábrica, el asilo mas seguro de la alegría, y el consuelo de los estómagos desfallecidos. El aceite, produccion abundante del país, rocia y embadurna

todos los utensilios de esta especie de cafés, dignos por su rusticidad de los tiempos patriarcales. Todo el menaje interior se reduce á algunos difíciles bancos de asiento lineal, en que es forzoso hacer abstraccion de la idea de superficie, á algunas mesas que parecen bancos, y algunos lebrillos contruidos del delicado pedernal de nuestras adelantadas alfaharerias, moreno como las mozas de la tierra, y hermano gemelo del que se usa en pucheros y otros vasos de la misma naturaleza. Era costumbre respetada de nuestros antepasados el ir á almorzar ó cenar á estas huñoleras, en lo cual no habia otro mal que las indigestiones consiguientes á los hartazgos de tan amazotada y fuerte confeccion. Hoy ya no es tan decente el frecuentar estos bazares de estera vieja, donde solo van á buscar los hijos de la alborozada democracia el solaz que llevan consigo tales tiendas, que con escaso alumbrado por la noche dan ocasion á toda especie de franqueza. Suelen concurrir á ella el vino y los licores de las mistelerias, y tal vez sirve de amable Ganimedes alguna acreditada hermosura, mas perifollada que la cruz de Mayo, y ostentándose rabiamente coloreada delante de su significativa tienda, sabe, como dicen, matar de una pedrada dos pájaros. Los aficionados á contemplar tales bellezas, y tan seductoras vedutas, no tienen mas pena que la de ser envueltos en una atmósfera de humo, producido por el aceite frito, que es el incienso que perfuma aquellos lugares deliciosos.

Las tiendas, que suelen llamar con preferencia la atencion de los muchachos, son las de figuras ó muñecos. Cosa es de ver como sudan y se afanan nuestros escultores en sacar á la feria sus producciones esmeradas. Cada tienda es un repertorio completo de armas infantiles, de partes constitutivas de el vestido militar, de chimes y juguetes, y de instrumentos desapacibles. Completan esta esposicion artistica los coches de madera y de lata, las comunidades de monjas, las parejas de contrabandistas, las cigüeñas, los pitos de todos géneros, y las figuras con cuernos. Cualquier ingenio tocado de aquella especie de vértigo que agitaba al que pulsó la lira de Medellín, hallaria aqui abundante materia para hacer comentarios sobre estas temibles escrecencias.

Se hacen notar tambien otras tiendas, como son las de lata, azofar, cobre, barro grotesco, peines, guitarras y navajas, á que se agregan infinidad de puestos secundarios, donde se venden turros, garbanzos blanqueados, frutas y confites de vil precio y de menudo regalo.

El paseo de la victoria, centro de la reunion elegante, se halla poblado con gran número de sillas, que constituyen nuevos y diversos salones, donde numerosas bellezas y apuestos jóvenes ostentan á porfia sus galas y donaire. A la caída de la tarde casi siempre ya la demasiada concurrencia produce una confusion que desconcierta el órden de los giros y vueltas. El aparato aristocrático, el alarde deslumbrador del mas refinado lujo, ceden entonces al movimiento popular de la muchedumbre que se ajita y empuja por todas direcciones, hasta que ya las sombras, ocultando los afeites y las preseas de la hermosura, comienzan á desvanecer la concurrencia. Entretanto la

luna penetra con sus rayos por medio de las copas de los árboles, plateando sus ramajes, y hace mas grata la soledad á los que en los salones del paseo quedan saboreando confites y gratas conversaciones.

La concurrencia al paseo en estos tres dias es, si no ya la única como sucedia antiguamente, por lo menos la mas numerosa aun, y la mas brillante de todo el año. Levantan su prestigio á los ojos de los numerosos huéspedes con que todos los pueblos de la provincia enriquecen ahora la capital, los bellos paisajes con que la naturaleza ha engalanado la situacion y cercanias del paseo. Las calles de árboles y de rosales, la vecindad de varias frondosas huertas, la espaciosa llanada de la agricultura, y las azuladas y amenas cimas de la sierra cercana, forman ciertamente una escena encantadora.

La luz artificial realza por la noche estremadamente el cuadro vivo y bullidor de la feria. La multitud de luminarias suspendidas en dorados belones de los techos de las tiendas, ó puestas en pequeños faroles sobre el suelo, ó encima de ruines mesillas, hace mas visible la blancura de los lienzos, el abigarrado color de las muñequerias, y el undular de las gentes. Parece escucharse mejor el desacorde pero grato ruido que puebla los aires. La sombra nocturna que lucha con las pequeñas y diseminadas masas de centelleante luz, dá deleite al corazon y vaguedad á el pensamiento. Ni la vista, ni los pies se encaminan con direccion fija; pero instintivamente se apetece y se halla el gozo y el bienestar en la union franca de los amigos, ó en el cortejo obsequioso de las hermosas.

Asi, pues, estos alegres dias de el año, en el alma de quien contempla nuestra ciudad, dejan una impresion duradera y agradable. La niñez los desea con impaciencia como un dorado sueño: la juventud los mira como una solemnidad de júbilo y amor; y la vejez madura se goza en ellos como en una memoria de su vigorosa mocedad.) *J. de B. Pavour*

REVISTA TEATRAL.

El domingo anterior se puso en escena el drama de Casimiro Delavigne *Los Hijos de Eduardo*, de cuya ejecucion se han ocupado con bastante acierto nuestros apreciables colegas el Liceo de Córdoba y el Espósito, á los que nada tenemos que añadir.

El dia 7 se ejecutó á beneficio de los primeros actores los señores Benot y Montero el drama titulado: *Guillermo Tell*. Embellecen esta composicion sublimes versos, debidos á la fecundidad de su autor el señor Gil y Zárate, y su argumento gira sobre la opresion en que se hallaba la Suiza por la dominacion austriaca, las violencias del gobernador aleman *Gesler*, y la revolucion que para reconquistar el apreciable don de su libertad concibieron y llevaron á cabo los suizos, finalizando con la muerte del tirano debida á la certera flecha de *Tell*. A pesar de que consideramos el drama tal como debió ejecutarse, y no como se ejecutó, nos parece sumamente árido el asunto para ser puesto en escena, sin intercalarle algunos episodios, ó ligar con la accion principal otra ú otras secundarias, que distraigan al espectador del

fastidio que es consiguiente á la monotonia de no tener ante sí mas que un solo objeto por espacio de dos horas ó mas. El autor debió conocerlo asi, y por eso seguramente apeló al efecto que debian producir las magnificas decoraciones con que quiso adornar su drama figurando los encantadores paisajes de la Suiza, al que necesariamente debia realzar la representacion con el numeroso y lucido acompañamiento de comparsas, y mas aun á lo vistoso y elegante de los trajes distintivos de los tres cantones. No dudamos que con estos adornos, indispensablemente necesarios, el drama parecerá otra cosa, pero insistimos en que á pesar de ellos no puede surtir todo el efecto que parece prometer su argumento. En nuestro teatro carecimos completamente de todo el aparato indicado: no hubo vistas de la Suiza: no hubo comparsas: no hubo trajes. En cuanto á lo primero nos contentamos con ver tres actos seguidos en un mismo lugar, sin mas variacion que poner en uno una puerta y en otro un dosel, siendo asi que debian ser absolutamente distintos los parajes en que cada acto debia ejecutarse: respecto de lo segundo no hubo mas comparsa que seis ú ocho individuos que formaban la guardia del gobernador, faltando muchísimos mas cuando la reunion del pueblo ante el sombrero de *Gesler*, y en la interesante escena de la junta secreta en que se congregan los notables de los tres cantones para ordenar el movimiento popular: en esta escena, mas que en todo el resto del drama, se notó la falta de los trajes, pues debiendo presentarse los distintivos de los cantones no vimos mas que seis ó siete personajes, cada uno con su traje particular, que en nada se parecian á los que nos presentan las láminas en que se han perpetuado hasta nosotros los ínclitos hechos de los valientes hijos de la Helvecia. Bien sabemos que á todo esto se nos contestará diciendo que el teatro de Córdoba no tiene un surtido de decoraciones cual conviene á un drama de esta clase: que el estado de la compañía no le permite adornar un drama con veinte ó treinta comparsas; y que los actores no se hallan (por lo general) en posicion de costearse un traje especial; pero nosotros contestaremos, y con nosotros el público todo, que cuando se carece de los elementos necesarios no se ponen dramas como el *Guillermo Tell*, pues sobre no ganar nada el autor de la composicion que se ejecuta, pierde muchísimo la compañía, por cuyos adelantos nos interesamos con la mayor sinceridad; y por eso nos hemos detenido en manifestarle el mal efecto que produce esta clase de funciones. Otra cosa contribuyó no poco al general desagrado: hablamos del reparto de papeles: el señor Montero y el señor Ortiz estubieron fuera de su lugar: con solo haber trocado estos dos papeles cada cual hubiera trabajado en su cuerda, y el público habria ganado mucho.

Por fin de fiesta se ejecutó en esta noche la linda pieza en un acto, del señor Asquerino, titulada: *Mitamientos y el cruel*. Las muchísimas sales cómicas y andaluzas de que abunda, y su escelente ejecucion, nos hicieron olvidar el mal efecto del drama que le precedió. La señorita Martínez estubo felicísima; y los demas actores llenaron perfectamente sus respectivos papeles.